

The image features a complex abstract geometric layout. On the left side, there are four vertical red rectangular blocks stacked on top of each other, separated by thin black horizontal lines. To the right of these red blocks, there are several horizontal bands: a grey band at the top, a red band, a black band, a white band, and another red band. The word "Prólogo" is centered in the black band in a white serif font.

Prólogo



# El niño y su placita: la cultura taurina del Doctor Pérez Romo

*Jorge Terrones*

## I

**E**l azar ha hecho que algunos mexicanos no nacieran en México. Carlos Fuentes nació en Panamá; Chavela Vargas, en Costa Rica; Elena Poniatowska, en Francia. Y tanto Fuentes como Vargas y Poniatowska son mexicanos. Lo mismo podría decirse de este fenómeno cuando ocurre a nivel interno de nuestro país: el azar ha hecho que varios aguascalentenses no nacieran en Aguascalientes. Manuel M. Ponce nació en Fresnillo, Zaca-

tecas; Víctor Sandoval, en Colotlán, Jalisco; Enrique Guzmán, en Guadalajara, Jalisco. Y los tres son hidrocálidos.

Nacido el 13 de diciembre de 1924, en Hidalgo del Parral, Chihuahua, el Doctor Alfonso Pérez Romo, aguascalentense, fue un hombre poliédrico: pediatra, esteta, profesor, empresario, crítico, escritor, fundador de instituciones. Sin embargo, decir que una buena parte de su vida la dedicó, por ejemplo, a estudiar varias obras artísticas, desde las cuevas de Lascaux hasta Velázquez, sería hablar con la verdad, aunque con injusticia, pues al Doctor le sedujo menos lo concreto que lo abstracto: no el arte, sino la belleza; no el magisterio, sino la educación; no la medicina, sino la salud y la enfermedad. Había que buscar la hondura de las cosas. Comprender lo real (concreto), a través de lo invisible (abstracto), fue un asunto capital en su larga y fecunda vida.

Su manera de vivir la tauromaquia, conversación que nos convoca, también es prueba de lo anterior: veía misterio, arte, belleza, rito, sacralidad; no sólo a un torero enfrente de un toro. Para ilustrar a qué me refiero, leamos tres dictámenes que sobre algunos toreros escribió: de José Ortiz, dijo que era “un artista que toreaba caminando, como los ángeles; [...] con el mismo compás, precisión y gracia que un bailarín de ballet”; de Jesús Solórzano: “hacía un poema perfecto de cada verónica...”; de Alfonso Ramírez: “dominó cabalmente todo el repertorio con el capote y [...] lo prodigó [...] con una suprema calidad artística...”. Para el Doctor, el toro no era un animal, sino un símbolo; el torero, un artista; y las corridas, una ceremonia.

## II

“Veía las corridas y casi no hablaba”, me ha dicho Juan Ángel José Pérez Talamantes, su hijo. Prefería el silencio. Atender una corrida de toros le era una actividad más próxima a un concierto de música clásica que a un espectáculo de feria. La

plaza le representaba un teatro o un templo, pero probablemente también su niñez. Poco antes de morir, terminó el texto “Aguascalientes y los toros”, que no alcanzó a ver publicado. Ahí dice que, en los años 30, al lado de sus amigos, hacían “plazas de toros clavando palillos en el suelo y uniéndolos con cuerdas. Así, formábamos un pequeño redondel [...]; alternábamos haciéndola de toro, de peón o de matador”. Ese niño creció con él, pero sin envejecer. No creo exagerar si digo que el Doctor Pérez Romo conservó, fervorosamente, su pasión taurina, porque no quiso dejar de ser el niño que jugaba a ser torero.

### III

Este 2024 conmemoramos 100 años del nacimiento de Pérez Romo y diez décadas de su afición. Son dos centenarios, pero entendidos desde diferentes ángulos. “Yo empecé a ver toros del año 1935 para acá”, confesó el Doctor en *El aroma del toreo* (2005), donde da cuenta de su amistad con Alfonso Ramírez “el Calesero”, uno de los dos toreros a los que dedicó más páginas (el otro: Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes”). Notemos que en esa frase dice “ver toros”, que podemos interpretar como ir a la plaza. Desde antes de eso, ya era aficionado.

En el referido texto póstumo del Doctor, igualmente sobre su infancia, en los años 30, dice: “[...] yo era entonces un chiquillo de seis o siete años [...] corría a la esquina de la calle Zaragoza, a la tienda ‘El Danubio’ [...] y en lugar de comprar golosinas, [...] me llevaba tarjetas postales con retratos de toreros españoles o mexicanos”. Su última aparición pública, simbólicamente, fue en la Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes, el domingo 22 de octubre de 2022: en el marco del 447 aniversario de nuestra ciudad, el gobierno le entregó un reconocimiento, que consistió en develar una placa, al interior de la Monumental, donde se le reconoció su importancia “por ser un gran pilar de la grandeza taurina de Aguascalientes, como empresario y aficionado”. Una vez que

terminó ese acto, el Doctor y sus acompañantes se quedaron a ver la corrida. Murió dos días después. Tenía 97 años. El cómputo, en números cerrados, da 90 años de su afición taurina, sin embargo, si contamos las décadas, es distinto, pues se acumulan 10.

#### IV

Tengo la sensación de que a este mundo contemporáneo le es más atractivo ver, en la virtualidad, a un par de personas sostener una conversación que propiamente participar en una. Pensemos en los pódcast, cuya actual profusión tal vez sea explicada porque, durante la pandemia por la covid-19, se necesitaba entretenimiento: es mucho más fácil saber que alguien escuchó un programa a que alguien conversó, dilatadamente, con un amigo. Esté en lo cierto o no, una buena conversación, en este siglo XXI, parece una actividad rara, porque demanda detenimiento y atención, virtudes de las que nuestro tiempo no se ha encargado de favorecer. Por fortuna, hubo, y hay, gente que la consagra.

El Doctor Pérez Romo sabía que, como escribió Octavio Paz, “conversar es humano”. Para comprender: conversar —con todo lo que eso implica, como permanecer en silencio cuando la otra persona está hablando—. En deuda con ese hombre que enaltecía los encuentros para comprender al otro y a sí mismo, este libro es una conversación e inicia con sus palabras, justamente con el texto que antecedió a su crepúsculo.

*90 años, 10 décadas* está compuesto de cinco secciones y una galería. A la primera sección, que contiene el mencionado texto de Pérez Romo, le he llamado “Atrio” por tres razones: en principio, porque es el texto que abre y conecta a los demás, como hacen los zaguanes de muchas de las casas de principios del siglo XX, al menos en Aguascalientes, donde un área, céntrica, a veces abierta a las bondades e inclemencias del clima, es el punto en común de los espacios que se encuentran a su

alrededor; la segunda, porque tiene un nexo religioso, ya que el atrio es el sitio que sirve de entrada a ciertas iglesias (no podía dejar a un lado la relación entre la espiritualidad y la tauromaquia); la tercera razón se debe a que también hay una conexión con la medicina, pues atrio es una cavidad cardíaca.

La segunda sección se llama “Ruedos”. Acá se habla acerca de la vinculación que la plaza de toros tuvo con Pérez Romo, principalmente como empresario y promotor. Además de una entrevista realizada por Juan Ángel José Pérez Talamantes a David Clemente Sánchez, este segmento lo complementan los textos de Xavier González Fisher, Otto Granados Roldán y Jesús Eduardo Martín Jáuregui.

Bajo el nombre “Evocaciones”, entre ensayos de Librado Jiménez, María Teresa Arellano, Ximena Ruiz Rabasa y Javier Borrego; una carta ficcional de Carlos Landeros Gallegos; una alusión, próxima a la cuentística, al Doctor como torero y pediatra, de Jacinta Ruiz Rabasa, y una relatoría, sumamente personal, del acontecer del Doctor, a cargo de Ignacio Ruelas, la tercera sección está dedicada a hacer remembranzas de cómo vivieron, cada uno de los autores, el mundo taurino al lado de nuestro protagonista.

El Doctor hablaba del sentido profundo del toreo, pero también de la pérdida de lo sagrado en la actualidad. Podrían parecer dos ideas más o menos distintas, pero, para él, estaban ligadas, puesto que entendía el hecho taurino como un evento ceremonial y colmado de ritos (sentido profundo), donde lo humano se juega la vida (lo sagrado). Los textos que integran “Ritos”, cuarta división del libro, están firmados por Andrés Reyes Rodríguez, Eudoro Fonseca Yerena, Agustín Morales y Jesús Antonio de la Torre Rangel, quienes, en conjunto, hacen un perfil, digamos, intelectual, del Doctor, como pensador y escritor de la Fiesta en su carácter simbólico.

En “Herencias” está la que acaso sea la parte más conmovedora del libro. Es lógico que así sea, puesto que las plumas que escriben son familia del Doctor. María del Carmen Pérez

Talamantes nos dice que la vida de su padre “fue una metáfora del arte taurino”; Cecilia Pérez Talamantes narra la vez que, gracias a su papá, descubrió la obra de Conchita Cintrón y el asombro que le produjo su lectura; Ingrid Pérez Tangassi describe, entre otras amorosas anécdotas, cómo su abuelo “usó buena parte de su vida en la eterna búsqueda de lo bello. Nunca dejó de buscar. Nunca dejó de encontrar”, y, finalmente, Juan Ángel José Pérez Talamantes cierra el libro, y su texto, con el anhelo que se ha propuesto, legado de su padre: “Conservaré siempre sus ideas y trataré de transmitir las a mis hijos, familiares y amigos, en defensa, no sólo de su memoria, sino de la esencia misma de la Fiesta, del sentido profundo del toreo y de lo que significó para él la tauromaquia”. Es un buen final, porque justamente ésa es una de las intenciones de esta conversación taurina.

## V

Conformada por 36 imágenes, provenientes del archivo particular<sup>1</sup> de la familia Pérez, en medio del libro hay una muestra de la vida taurina del Doctor. El documento más temprano está fechado el 2 de agosto de 1942, cuando tenía 17 años. A partir de ese momento, cada decenio está representado, por lo menos con un registro, como es el caso de los 60, y llega hasta 2022. A lo largo de ese recorrido visual pasan nombres como Fermín Espinosa, Conchita Cintrón, Rafael Rodríguez, Alfonso Ramírez, Enrique Ponce; además de que vemos torear al Doctor en distintas ocasiones: desde 1946, cuando tenía 22 años, hasta 2012, cuando tenía 88.

---

1 Las imágenes que no forman parte del archivo familiar tienen el debido crédito en el pie de foto.

## VI

De los temas que le apasionaron, no tuve oportunidad de proponerle que habláramos sobre toros, porque solíamos tener otras charlas recurrentes: el arte, la literatura, Aguascalientes, la universidad y las luces y sombras de la vida. Qué universo me perdí. Este libro es otra manera de seguir conversando con él, a quien tanto echo de menos.

Sentí la curiosidad de revisar cuáles eran las palabras más repetidas de las próximas páginas. Sin contar preposiciones, artículos y pronombres, la más empleada es “toro”, que aparece en 234 ocasiones. Le siguen “Doctor”, con 187; “toreo”, con 155; “plaza”, con 152; “fiesta”, con 146; “Pérez”, con 141; “torero”, con 135; “vida”, con 133; “Aguascalientes”, con 125, y “Romo”, con 119. Estas diez palabras merodearon la vida de nuestro personaje. Cuán simbólico es que, en “Aguascalientes y los toros”, salvo “Doctor”, las demás palabras aparecen. Y en su vida fueron una constante: pensemos en que sus más prístinos recuerdos estuvieron dirigidos al niño que hacía placitas de toros; que dentro de sus muestras de afecto a su tierra, la más cariñosa fue haberle propuesto un gentilicio, *acalitano*;<sup>2</sup> que el último evento al que asistió fue a una corrida de toros; que el último homenaje que se le hizo consistió en reconocer su pasión taurina; que sus últimas palabras estuvieron dirigidas a Aguascalientes y los toros. En un polo hay un niño; en el otro, un hombre y su niño; en medio, Aguascalientes y los toros.

El Doctor amó a su tierra y a los toros, y la tierra y los toros, me parece, sintieron ese amor. Y se lo hicieron saber, a modo de despedida, el 22 de octubre de 2022. En esa tarde, donde se torearon ocho astados, los toreros fueron Tarik Othón, Joselito Adame, Andrés Roca Rey y Leonardo Valadez. Los nombres de los toros, no obstante, son lo más llamativo: Othón, quien sólo tuvo una actuación, toreó a “Aguascalien-

---

2 Cfr. Alfonso Pérez Romo, “En busca de otro gentilicio”, en *Testimonio de unos días* (3ª ed.). Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2020, pp. 105-106.

tense”; el primero de Adame se llamó “Auro”; el de Roca Rey, “Hidrocálido”; el de Valadez, “Tortolito”; el segundo de Adame, “Ciervo”; el de Roca Rey, “San Marqueño”; el de Valadez, “Campanario”, y el tercer toro, que fue un regalo para Adame, llevó el nombre de “San Pablo Fundador”. Parece como si la vida hubiera querido decirle al Doctor Pérez Romo que sabía de sus amores y que le obsequiaba una última corrida, donde además iba a encontrar ecos de lo que fue: aguascalentense, hidrocálido y san marqueño.